

—Sí, mi general, exclamaron todos, lo batiremos.

—Bien, señores, repuso Cabrera conmovido. Chulilla y Carboneras acaban de llenar de prisioneros y de fusiles nuestros depósitos; el enemigo no se mueve despues de la accion de Talés; si ataca nuestra fortaleza, le costará cara la empresa; el invierno se acerca. Yo tengo mis planes y necesito saber si Vds. están dispuestos á secundarme; al que quiera abandonar estas filas le daré pasaporte para donde lo elija; prefero esto á que el contagio de Navarra llegue hasta nosotros; pero tambien advierto que si hay mal intencionados ó traidores que aparentando fidelidad, introduzcan la discordia é indisciplina en el ejército, á la menor sospecha serán fusilados. Nos hallamos, señores, en circunstancias extraordinarias y es preciso apelar á medios extraordinarios. Seré inflexible y sirva de gobierno.»

El grito unánime de «¡viva el Rey!» fué la respuesta dada á esta enérgica alocucion.

La junta carlista, que secundaba á Cabrera, dirigió tambien una proclama á los pueblos, en la que comparaba á este al Cid Campeador, asignando á Maroto el papel del conde don Julian; despues de lo cual concluía la junta llamando á los pueblos á seguir la contienda sin desmayar.

Al paroxismo de furor, que se apoderó de Cabrera en aquella circunstancia crítica, acompañaron desesperados esfuerzos de actividad. Sus lugartenientes multiplicaron sus correrías por las provincias contiguas á su territorio. Fueron frecuentes las sorpresas y numerosas las aprehensiones de ganados. La habitual severidad del jefe carlista degeneró en actos de crueldad de que sus propios partidarios eran víctimas, y á tanto extremo llegó la violencia de sus providencias que la misma exasperacion comenzó á iniciar el desaliento, y el vago, pero profundo sentimiento, que invocaba la paz y labraba secretamente los ánimos.

La retirada de la Mancha del ejército de reserva antes de que hubiese Narvaez acabado de limpiar la provincia de Toledo, entregó nuevamente la de Ciudad-Real á las incursiones de Paillos, cuyas correrías se extendían á Extremadura y parte de la Alcarria. Envalentonados, por no haber tropas de la Reina en suficiente número para contenerlos, bajaron de los montes de Toledo y de Guadalupe, paseándose á mansalva por la provincia de Albacete, la orilla derecha del Tajo y la comarca de Ocaña.

El ministro de la Guerra Alaix creyó poner remedio nombrando al general Balboa jefe militar de la Mancha, en cuyo territorio ejerció este un proconsulado, señalado por actos de inaudita crueldad. Sus pormenores abundan en los periódicos y publicaciones de aquella época; pero su reproducción seria innecesaria para calificarlos, bastando consignar el hecho desnudo de que mujeres y niños de menor edad fueron condenados al último suplicio por delitos de infidencia, todavía mas imputables á la época que á las personas.

No eran necesarios semejantes rigores para que el estado de la Mancha se modificase en el sentido de la paz, toda vez que los naturales efectos del gran suceso de Vergara produjeron la presentacion á indulto de la gran mayoría de los secuaces de Paillos y su comparsa de guerrilleros merodeadores.

Otro tanto aconteció en Castilla la Vieja, donde uno tras otro, los cabecillas Hierros, Blanes, Rey, Escalera y Carrion se acogieron al indulto á poco de desalojadas por los carlistas en armas las provincias Vascongadas. En Extremadura el partidario Felipe, entretenido en merodear y en interceptar correos, era el único que permanecía en armas; y en las provincias del Noroeste, en las de Asturias y Galicia, aunque con mas lentitud, se fué verificando la pacificacion bajo el mando del general don Laureano Sanz, sucesor de don Jerónimo Valdés, quien, como en su lugar dejamos referido, habia pasado á Cataluña en reemplazo del baron de Meer. Los cabecillas gallegos Ramos, Saturnino, el cura Alvarez, el Souto de Remasat y el Ebanista, fueron sucesivamente desapareciendo, en términos que al finalizar el año no quedaban en aquellos territorios partidas en armas.

Lamentable fué por cierto que antes que desapareciese aquella plaga, regase con su sangre generosa el suelo gallego

el coronel Cayuela, honrado y consecuente liberal, nuestro compañero de emigracion despues de la catástrofe de 1823.

CAPITULO II

Descomposicion del campo carlista

Jefatura del general Maroto.—Discordias y luchas.—Antecedentes de los fusilamientos de Estella.—Consecuencias.—Planes y operaciones de Espartero.—Acciones en Navarra.—Zurbano.—Muñagorri.—Apuros de Maroto.—Quemas en Navarra.—Pronunciamiento en el campo carlista.

El gran suceso que debia decidir la suerte de la doble causa que se lidiaba en el ensangrentado suelo español, entre la vieja, benigna, pero gastada sociedad de nuestros padres y las generaciones nacidas y educadas al calor del espíritu moderno, venia preparándose desde el fracaso de la grande expedicion carlista al interior de España; época que inició la descomposicion, al menos en las Provincias Vascongadas y en su ejército, del gran partido que en el espacio escasamente de un cuarto de siglo, ha tenido poder bastante para promover y alimentar tres guerras civiles, de larga y desastrosa duracion.

Todo lo que Cabrera adelantaba en las provincias del Este; su atrevido avance por los confines de la provincia de Cuenca en direccion de Madrid, lo perdía el Pretendiente dentro de sus dominios vascongados, en cuyo interior consumía sus fuerzas en la imposibilidad de emprender con éxito operaciones ofensivas en grande escala, y todavía se hallaba mas coartado é inutilizado por la sorda, pero implacable division que reinaba entre sus mismos partidarios; los que, como ya hemos tenido ocasion de observar, formaban dos campos, mas ocupados en dañarse el uno al otro, que en fijar su atencion en que la causa de la Reina sacaba un partido inmenso del antagonismo y falta de unidad de miras de sus contrarios.

Las operaciones militares se habian reducido en los primeros meses del año á combates en las Encartaciones, sostenidos con bizarría é inteligencia por el general Castañeda contra Goñi y Castor Andéchaga, jefe de la línea enemiga el primero y de la provincia de Vizcaya el segundo.

La toma de Peñacerrada por Espartero, fué á la vez la señal de la superioridad militar del ejército del Norte, y de que el partido intransigente y fanático perdiese el poder, que hemos visto arrancó de manos de Guergué el mando del ejército, que recibió Maroto para hacerse centro y cabeza de lo que podemos llamar el *lado izquierdo del carlismo*, no menos exasperado y ardiente contra el elemento tradicionalista y clerical hasta el fanatismo, que este lo estaba, para servirnos de una frase empleada con predileccion por sus corifeos, *contra todos los que sabian leer y escribir*.

Estallado que hubo sin disfraz y sin miramiento, el dualismo entre Maroto y sus aliados y los consejeros inmediatos de don Carlos, intrigaban estos contra el general, interin este se preparaba para la lucha, ganando partido en el ejército y labrando séquito entre los poco inclinados á seguir las huellas del intolerante fanatismo de los afiliados á la camarilla.

El efecto mas inmediato de la contienda entre ambas parcialidades, se significó por un fuego cruzado de acusaciones entre los apostólicos y los marotistas, atribuyéndose unos á otros planes que representaban á don Carlos que conducirían á la ruina de su causa; acusaciones que el limitado entendimiento de aquel príncipe no era capaz de juzgar con acierto, y entre las cuales flotaba su ánimo inquieto, á la par que tímido, sin atreverse á romper con ninguno de los dos partidos á los que no atinaba á conciliar, si bien en su interior estaba de corazon con los intransigentes, guardando, sin embargo, á sus contrarios los miramientos de que no podia prescindir, habiendo puesto en manos de los de la izquierda el mando de su ejército.

El partido marotista, además de los generales y jefes de cuerpo que el don Rafael habia ganado, y de poder contar con las simpatías de Villareal, de Elio, Gomez y demás caudillos que, juntamente con el infante don Sebastian, habian caído en desgracia al regreso de la grande expedicion de Castilla, tenia

por aliados al célebre padre Cirilo, al jesuita Gil y á Ramirez de la Piscina. Los contrarios, cuyos jefes militares son ya conocidos de los lectores, se hallaban en plena posesion de la servidumbre del Pretendiente, y eran dueños de su confianza, además de serlo del gobierno, puesto en manos del obispo de Leon y de Arias Tejeiro, quienes con el padre Lárraga reinaban en el ánimo de don Carlos.

Colocados en la situacion, de la que bastan á dar cabal idea las precedentes indicaciones, no se recataban los dos partidos, dejándose llevar mas del odio que á unos contra otros animaba, que de la cautela y discrecion de que ante todo necesitan los que saben conspirar y están interesados en no propalar amenazas de recíproco exterminio.

Semejante estado de cosas era de suyo sobrado manifiesto para que fuese del todo ignorado en el cuartel general del ejército de la Reina; y apercibíase que hubo de ello el general Espartero, concibió el sagaz pensamiento de sacar partido de sus anteriores relaciones con Maroto, su antiguo compañero de armas en el ejército del Perú. A este efecto envió agentes secretos al campo carlista; aprovechó de los servicios de prisioneros que consideró aptos para secundar sus miras; y cuando ya juzgó bastante adelantada la disidencia que desgarraba al bando enemigo, envió á su ayudante Paniagua al cuartel general de Maroto, bajo pretexto de remover dificultades relativas al canje de prisioneros, pero con el determinado fin de sondear las disposiciones de su antiguo compañero. Cabalmente la oportuna iniciativa de Espartero coincidió con lo mas intrincado de la lucha intestina que en la region de la corte y séquito de don Carlos se agitaba entre Maroto, representado por su auditor Arizaga, y los ministros de don Carlos sostenedores del partido contrario.

Aunque la mision de Paniagua no condujo á una franca inteligencia entre Espartero y Maroto, supo el primero utilizar con éxito los preliminares de inteligencia de que Paniagua habia sido portador, valiéndose posteriormente de un intermediario muy á propósito para ser el conducto de comunicaciones confidenciales entre los dos generales, sin excitar sospechas destructoras de los propósitos de ambos.

Fué este intermediario un industrial del país, que habitualmente se ocupaba en llevar y traer géneros de un campo á otro. Martín Echaide, conocido bajo el nombre del arriero de Begoña, fué el principal confidente de quien se valió Espartero para entenderse con Maroto, mision que el no lerdo campesino desempeñó con sagacidad y sin despertar sospechas de nadie.

Aunque aquellas primeras negociaciones no condujeron á un resultado definitivo, toda vez que tuvo muchas altas y bajas la serie de tratos y comunicaciones mas ó menos directos y de los que llegaron á tener conocimiento agentes de los gobiernos de Francia é Inglaterra, sirvieron, sin embargo, para inspirar á Maroto la esperanza de que, si llegaba á romper con don Carlos, le quedaba abierta la puerta para una transaccion que encontraria sosten y apoyo en gran parte del ejército y tambien en el país, cansado de la guerra, cuyas cargas lo tenían abrumado.

El principal apoyo militar del partido de la camarilla se fundaba en la adhesion de los navarros á los generales García, Guergué y Sanz, á quienes no cesaban los clericales de impulsar á que levantasen la bandera de un pronunciamiento abierto contra Maroto y los jefes que se le habian unido y á los que acusaban de liberalismo. Pero García y Guergué, si bien resueltos á obrar, llegado que fuese el momento decisivo, vacilaban en cuanto á tomar la iniciativa de una sublevacion contra el general, que ostensiblemente poseia la confianza del monarca, que ambos bandos reconocían é invocaban.

Por aquel tiempo fué cuando el ministro Pita Pizarro decidió á sus compañeros de gabinete á aceptar los servicios de don Eugenio Aviraneta, consumado maestro en el arte de las conspiraciones, segun es ya notorio á nuestros lectores. Aquel infatigable agente de combinaciones de índole revolucionaria, pero que sabia adaptar al servicio de contrarias ideas é intereses, habia logrado que sus planes fuesen escuchados por personas allegadas á la Reina gobernadora y esta influyó

grandemente para que los ministros se decidiesen á emplear los servicios de Aviraneta, á efecto de acrecentar la maraña de intrigas y divisiones que trabajaba el campo enemigo. En un anterior capítulo dejamos consignado lo poco acertado que estuvo el gobierno en las disposiciones que acompañaron la mision de Aviraneta. Coartó su iniciativa y su accion, sujetándolo á la dependencia del cónsul de Bayona, lo que juntamente con las dificultades que á no pocas de las maniobras del agente secreto opuso el cuartel general de Espartero, ocasionaron que no fuera tan fecunda la inventiva de aquel infatigable y por demás experto agente, que logró extender la alarma, acrecentar la desconfianza entre los carlistas, cuyo campo pobló de instrumentos á su devocion, habiendo sabido escoger entre los dos sexos agentes de los que sacó gran partido, y si bien no para todo lo que se propuso, no dejó de contribuir poderosamente á la final desorganizacion del campo enemigo. Las intrigas y las artes de Aviraneta llegaron de tal manera á aumentar la confusion entre los dos bandos contrarios, que su rompimiento se hizo ya inevitable, y si no comenzó por parte de los secuaces de la camarilla, como aconsejaban á esta sus mas allegados, debióse á la timidez é irresolucion de don Carlos, quien, sin atreverse á seguir á Maroto ni á separarlo, se entendia con sus enemigos y los favorecia secretamente.

En aquellos mismos dias corrió el Pretendiente el riesgo de haber caído en un atrevidísimo lazo, tendido por la infatigable inventiva de Aviraneta. Situado este en su observatorio y taller de Bayona, llamó su atencion el que don Carlos residiese largas temporadas en Azcoitia, punto vecino al mar, lejos de su ejército y tan solamente acompañado de una débil escolta. Concibió el agente secreto el audaz proyecto de apoderarse de la persona del Pretendiente. Al efecto dispuso con arte su trama, valiéndose de personas residentes en Azcoitia, y principalmente de un sargento de Chapelgorris, llamado Elorrio; el que, conocedor del terreno, y llevando consigo mozos de los caseríos inmediatos, disfrazados de carlistas, se prometia caer sobre Azcoitia sin ser vistos ni sentidos, debiéndoles bastar media hora para efectuar la prision de don Carlos y de su hijo, que llevarian consigo á Zumaya, embarcándolos en el vapor inglés que al efecto los esperaba. Fundaba Elorrio el éxito de su audaz tentativa en que solo custodiaban á don Carlos en Azcoitia treinta cadetes y soldados distinguidos y algunos guardias de corps, dispersos en los caseríos inmediatos. Proponíase además, amenazando con la muerte al preso, si diera la menor voz, imposibilitar toda alarma que produjera resistencia; y para colmo de maquiavelismo, habia dispuesto Aviraneta que los captores dejasen desparramadas en el país proclamas, de las que aparecia ser Maroto el autor del rapto, en calidad de presidente de una federacion foral de las tres provincias, por la que era destronado don Carlos y se le internaba en Francia. El diabólico plan, aunque aprobado por el gobierno, por Jáuregui y por el comodoro inglés, no lo fué por Espartero, y quedó reducido á mero proyecto.

Aunque, como dejamos observado, no habia llegado á efectuarse un abierto rompimiento entre los dos bandos del carlismo, tenían uno y otro tan adelantado su propósito de romper, que Maroto, con intento de que don Carlos se decidiese en su favor, viendo que el ejército estaba de su parte, propúsole que pasase una revista en los campos de Azcoitia. En vísperas de que esta se efectuase, dispuso repentinamente don Carlos trasladar su corte á Oñate, determinacion que juzgó Maroto haber sido tomada en el interés de sus contrarios. Exasperáronse con este motivo los marotistas, y exigieron de su jefe que se dejase de contemplaciones, declarase á don Carlos la voluntad del ejército y pusiese fin á la preponderancia de la camarilla. Pero el general en jefe, que tan arbitrario y resuelto no debia tardar en mostrarse, vaciló y quiso consultar á los jefes, á los que reunió en consejo y cuyo parecer, que fué el de temporizar, se halló dispuesto á seguir.

Vino á hacer diversion á aquella crisis el haber recibido Maroto el permiso con que ya no contaba, para que la revista tuviese efecto. Dispúsose esta en el camino real de Mondra.

gon á Vergara y asistieron á ella, en compañía de don Carlos, sus ministros, que eran el alma del partido contrario á Maroto.

Terminado que fué el acto de la revista, presentóse el general al besamanos de ordenanza y, según refiere el bien enterado autor de la *Historia de la guerra civil*, dirigió á don Carlos las palabras siguientes:

—Señor, yo no creo que V. M. querrá fusilarme.

—Hombre, no,—contestóle—y ¿por qué dices eso?

—Señor, porque V. M. me pone en el caso de tener que mandar fusilar á una ó dos docenas de personas, y en la precisión de tener que venir luego ante su real presencia, para que mande hacer lo mismo conmigo.

—No, no, sosiégate y ten confianza en mí como yo debo tenerla en tí. Todas son intrigas de la revolución que yo conozco mejor que tú: no hagas caso de chismes, que yo te aseguro sabré cortar las desavenencias y vive confiado; pero asegúrame que yo debo estarlo de tí.

Después de la revista, el ejército marchó á Tolosa. Allí afirman, en sus respectivas memorias, Maroto y Arizaga, que el primero recibió noticias certeras de que García, Guergué y los contrarios iban á sublevarse. No es dudoso que tuvieran el ánimo de hacerlo; pero no existen pruebas ni es verosímil que se hubiesen resuelto á obrar, como por su parte resolvió hacerlo desde aquel momento Maroto, mandando prender á los oficiales de secretaría Ibañez y don Florencio Sanz, medida que igualmente adoptó con el intendente Uriz, á quien encontró en el camino. Continuó Maroto su marcha á Estella, decidido á tomar la iniciativa del rompimiento, contando al efecto con sobrados medios para ello, acompañado como se hallaba por batallones mandados por jefes resueltos á no dar tregua á la lucha, en momentos y en circunstancias en las que los contrarios no habían alzado bandera, ni tenían tropas que oponerle.

Y tan seguro se hallaba Maroto de que no hallaría resistencia, toda vez que no contaban con medios para oponérsela las víctimas á quienes se había propuesto sacrificar, que ordenó al brigadier Carmona, que era uno de los del partido contrario, que lo precediese á Estella y anunciase á García, á Sanz y á Guergué que iba á fusilarlos y que podían salirle al encuentro con las tropas con que contaban. Resistíase Carmona á ser el portador de tan extraña advertencia; pero Maroto le amenazó con que sería fusilado en efecto si no le obedecía.

Partió el mensajero de muerte con el fatídico anuncio, que pareció tan inverosímil á los amenazados, que lo tomaron á broma: y asomados á los balcones de casa de García vieron pasar á Maroto, que entraba en Estella al frente de las tropas, y, si hemos de dar crédito á los marotistas, no saludaron al general, al que dicen lanzaron inequívocas demostraciones de desprecio. Si semejante aserto tuvo algún fundamento, lo cual no es verosímil, de atribuir sería á la confianza que inspiraba á los contrarios de Maroto la seguridad del apoyo de los ministros y del mismo Pretendiente; seguridad que debió hacerles mirar como ridícula amenaza el anuncio de su fusilamiento, al que, como antes dejamos notado, no quiso prestar asenso el mismo don Carlos.

Grande empeño pusieron Maroto y Arizaga, en sus respectivos libros apologéticos, en acreditar el hecho de que los generales á quienes estaban resueltos á fusilar tuviesen en el día que precedió á la catástrofe dispuestos batallones navarros, á cuyo frente iban á alzar bandera contra Maroto. No es dudoso que tuviesen trabajos hechos en la prevision de la lucha que parecía inevitable; pero es de todo punto inadmisibles, como pretenden los autores interesados que acabamos de citar, que García y sus compañeros estuviesen en el momento de romper, como sobradamente lo demuestra la tranquilidad con que permanecieron en Estella después de recibido el mensaje amenazador, traídos por Carmona, quedando enteramente indefensos; poniéndose ellos mismos en manos de su enemigo, y no teniendo consigo un solo ayudante en el momento de ser presos.

Por la noche del día en que Maroto entró en Estella, resuelto al holocausto que iba á consumir á la siguiente mañana, alarmado García por el rumor que ya corría de que iba

á ser preso, se disfrazó de clérigo y trató de salir de Estella; pero conocido por un centinela, fué detenido y enviado al castillo del Puig por órden de Maroto. Envió este seguidamente á llamar á Carmona, quien tuvo la sencillez de presentarse, poniéndose así voluntariamente en manos del que lo había amenazado con la muerte. Enviólo Maroto á hacer compañía á los demás presos, y esquivando, aunque inútilmente (pues la contrajo toda ante la historia) la responsabilidad de decidir por sí solo de la suerte de sus rivales, reunió un consejo de jefes marotistas, cuya mayoría opinó por el fusilamiento inmediato de los presos, fundándose en que, si no se hacía así, don Carlos los haría poner en libertad y que ellos serían los fusiladores. El guante estaba echado entre girondinos y *montagnards*, con la diferencia de que en Estella los primeros iban á ser los sacrificadores.

No es de omitir entre las circunstancias de aquellos irregulares y chocantes procedimientos, que el conde de Negri y el general Silvestre opinasen en contra de la mayoría inmoladora.

El auditor Arizaga pretende cubrir su responsabilidad alegando que no opinó por el fusilamiento sino después que lo formuló el consejo, cuyo acuerdo sancionó el poco escrupuloso auditor, cubriendo el asesinato con el manto de la justicia militar.

Seguro Maroto de la obediencia de las tropas, cuyos jefes eran los cómplices de su plan, escribió de su puño y letra, á presencia del auditor Arizaga, la órden dirigida al gobernador de Estella para la ejecución de sus mandatos de muerte.

Al ser intimado á los presos el firman que los condenaba á instantáneo suplicio, reclamaron el derecho de defensa que la ordenanza concede á todo militar. Pidieron también ver á Maroto, siéndoles todo denegado sin dejarles otro recurso que el de morir como cristianos. Las cinco víctimas, García, Sanz, Guergué, Carmona y Uriz murieron con valor y resignación. El cadáver del último fué reclamado por la viuda de Santos Ladrón con quien debía Uriz casarse.

Apenas acababan de espirar los cinco jefes del bando cortésano, llegó á Estella, reducido á prisión, el oficial de secretaría Ibañez, á quien solo concedió Maroto dos horas de tiempo para disponerse á bien morir. Al ser pasado por las armas protestó aquel de su inocencia apostrofando al piquete que iba á darle muerte; *que aquellas armas, que habian ilustrado con gloria, se manchaban cometiendo el atentado de volverlas contra su rey.*

Suerte igual á la que acababan de experimentar los seis sorprendidos corifeos de la camarilla, habria experimentado el brigadier Balmaseda, detenido á la sazón en el castillo de Guevara, á cuyo gobernador despachó Maroto un ayudante recomendándole estrechara la prisión del detenido; mandato que llegó tarde, habiendo sido precedido por una carta de don Carlos, en la que decía al gobernador: *Gaviria, pondrás inmediatamente en libertad á Balmaseda porque así te lo mando y es la voluntad de tu rey, CARLOS.*

Tardíamente, fuera de sazón, para cubrir el expediente y, para servirnos de la locucion francesa, *á beneficio de la causa*, ó como pudo decir Maroto, *pro domo sua*, se formó un voluminoso sumario, en el que se hace constar cuanto convenia á los fraguadores de un hecho, cuyo ejemplo, á no ser entre salvajes, habria que ir á buscar en las cruentas escenas de las que Mario y Sila hicieron teatro á Roma antigua.

Seguro de ser aplaudido por los suyos y de que no sufriria contradicción por parte de sus contrarios, dió á luz Maroto en Estella el 18 de febrero una órden del día, allocucion ó proclama, en la que, á vuelta de vagas generalidades y ampulosas afirmaciones, sin sentar ningun hecho concreto, ni anunciar la menor prueba que justificase la inmolacion de sus compañeros de armas, se aplaudia á sí mismo é invocaba la aprobacion del ejército y de los pueblos del reino de Navarra y de las Provincias Vascongadas, y en nombre de aquel y de estas se dirigia al público, interin lo hacia á don Carlos en términos tan sumamente característicos del hombre y de la situación, que perderian, analizándolos, y que al desnudo y sin comentarios entregamos al juicio del sensato lector.

Saciado que hubo su venganza en la que sin duda entró

por bastante el miedo que le inspiraban los hombres á quienes acababa de precipitar en el sepulcro, llamó Maroto al coronel don Joaquín Sacanell, muy adicto á la persona de don Carlos, y le encargó pudiese en las propias manos del Pretendiente una representación en la que dijo al portador *iba librada la pérdida ó el triunfo de la causa carlista*. Púsose Sacanell en marcha y encontró á don Carlos al pie de la cuesta de Descarga, llevando la dirección de Villafranca. Acercóse á su Rey, nos dice el señor Pirala, entregándole la carta de que era portador y repitiendo las mismas palabras que, al entregársela Maroto, habia oído de los labios de este. Estaba lloviendo, guardó don Carlos la carta en el bolsillo y mandó á Sacanell que se uniese á la comitiva. Nada se sabia todavía en ella de lo ocurrido en Estella, sobre lo cual el enviado de Maroto habia guardado silencio.

Llegado que hubo la ambulante corte á un caserío cercano, apeóse don Carlos, y sacándola de su bolsillo, entregóse á la lectura de la siguiente histórica y, podrá añadirse, humorística carta:

«Señor: La indiferencia con que V. R. M. ha escuchado mis clamores por el bien de su justa causa, desde que tuve la honra de ponerme á sus R. P. en el reino de Portugal para defenderla, y mas particularmente desde mis agrias contestaciones con el general Moreno, oscureciendo ó despreciando mi particular servicio prestado en la batalla sostenida contra el rebelde Espartero sobre las alturas de Arrigorriaga, la que pudo y debió haber presentado el término de la guerra, puesto que el enemigo contaba solo por aquel entonces con el resto de muy pocas fuerzas, después de que Bilbao hubiera succumbido, encerrado en él todo su ejército con la division inglesa, amilanado y sin recursos para subsistir ocho dias, herido su caudillo, y con la positiva confianza que yo tenia de que un solo hombre no podia escaparse, y de consiguiente la franca marcha de V. M. para Madrid, evitando con su ocupacion los arroyos de sangre que han corrido posteriormente, me ha puesto en el duro caso, no de faltar á V. M., como habrán procurado hacerle creer mis enemigos personales, ó por mejor decir, los de la causa de V. M., si de adoptar algunas medidas que asegurarán el órden en lo sucesivo, la sumision y disciplina militar y el respeto que las demás clases y personas nave temerme por el preferente encargo á que he llegado con honor y constantemente sirviendo con utilidad á mi patria y á mi rey.

«Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uriz, y que estoy resuelto por la comprobacion de un atentado sedicioso para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura sin miramiento á fueros ni á distinciones, penetrado de que con tal medida se asegura el triunfo de la causa que me comprometí á defender, no siendo solo de V. M. cuando se interesan millares de vivientes que serian víctimas si se perdiera, sirviéndome en el día para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general, tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de seguir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa cuando ya divisa el puerto de su salvacion.

«Sea alguna vez, mi rey y señor, que la voz de un vasallo fiel hiera el corazón de V. M. para ceder á la razon y escucharla, aun cuando no sea mas que porque conviene; seguro, como debe estarlo, de que el resultado le patentizará el engaño y particulares miras de cuantos hasta el día han podido aconsejarle.

«En manos de V. M. está, señor, la medida mas noble, mas sencilla y mas infalible para conciliarlo todo. No desconoce Vuestra Majestad el germen de discordia que se abriga y sostiene por personajes en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus vasallos; de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar á su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre debe estimarse como tal la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.

«Resuelto he estado para retirarme al lado de mis hijos,

porque yo, señor, no vine á servir á V. M. para buscar fortuna ni reputacion; pero al presente no puedo ya verificarlo, consagrada mi existencia al bienestar y felicidad de los pueblos y del ejército que pertenece á estas provincias; y por lo tanto, ruego á V. M. de nuevo se preste á conceder lo que todos desean y que tal vez facilitará el término de una guerra, que inunda el suelo español de sangre inocente, vertida al capricho y á la ferocidad de algunos ambiciosos.

«Tengo detallado á V. M. repetidas ocasiones las personas que por sus hechos han buscado la odiosidad general, y muy cerca de sí tiene las que merecen opinion, no solo entre nosotros; llámelas V. M. á su lado para la dirección y consejo en todos los asuntos que particularmente en el día nos agitan y V. M. se convencerá de haber dado el paso mas prudente y acertado.

«Sabe V. M. que tiene sepultados en rigurosas prisiones por años enteros á jefes beneméritos, que la emulacion ó la mas negra intriga indudablemente pudo presentar á V. M. como criminales ó traidores, bajo cuyo principio se formó una causa que la malicia tiene oscurecida, con admiracion de la Europa entera, y V. M. debe conocer que hay un empeño singular de sostener el concepto que arrojó desde luego su real decreto que le hicieron firmar y publicar después de su regreso á estas provincias; y V. M. no habrá olvidado cuanto sobre este particular tengo dicho al secretario don José Arias Teijeiro para venir en conocimiento de quién es el autor de tanto compromiso.

«Yo debo salvar mi opinion y justificar mi comportamiento á la faz del mundo entero que me observa; y por lo tanto me permitirá V. M. que dé al público por medio de la imprenta esta mi reverente manifestacion; así como sucesivamente todo cuanto haga referencia á tales particulares.

«Dios guarde la real persona de V. M. dilatados años para bien de sus vasallos.

«Cuartel general de Estella 20 de febrero de 1839.—Señor.—A L. R. P. de V. M.—Su vasallo y general, *Rafael Maroto.*»

El efecto que en don Carlos y en su comitiva produjo la sorprendente noticia, suficientemente se colige por la respuesta que al día siguiente daba el Pretendiente al golpe de Estado de su jefe de estado mayor; contestacion formulada por medio de la proclama circulada con gran celeridad, decia el encabezamiento, á los pueblos y ejércitos que reconocieran su legítimo gobierno y sostuvieran la causa de la Iglesia y del Estado.

«Voluntarios, fieles vascongados y navarros.—El general don Rafael Maroto, abusando del modo mas péfido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido, á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del trono y del altar, contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, excitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades, á la insubordinacion y á la anarquía, ha fusilado, sin preceder formacion de causa, á generales cubiertos de gloria en esta lucha, y de servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazón en la amargura. Para lograrlo ha supuesto que obraba con mi real aprobacion; pues solo así podría haber encontrado entre vosotros quien le obedeciese; ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades y crímenes. Conocéis mis principios, sabéis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que nos afligen. Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberanía y los mas sagrados deberes para sacrificar alevosamente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora, para exponeros á ser víctimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que después de esta declaracion, á que quiero se dé la mayor publicidad, le auxilie ú obedezca: los jefes y autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley. He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion, que abatida, impotente, próxima á sucumbir, solo en él podría librar su esperanza: para